

PERCEVAL

Francisco Segovia*

1. EL SILENCIO

Aquí y allá quedan todavía –tras el vaho del bosque
[que respiran–
las hilachas de sombra de unas piedras –o unos
[árboles helados–
que enseñan sólo negramente la joroba
como mendigos a las puertas de la iglesia...

Todavía –aquí y allá– la turbia luz que vicia
la antigua endogamia de la niebla como una vieja
[nicotina
en el légamo del aire...

Perceval ha pasado por aquí –ese trazo en la bruma
[es prueba–
como una mota en el viento como una sombra
entre las sombras dormida... Perceval
ha cruzado el bosque sobre un caballo
también dormido. Y ahora se despierta...

Más allá se abre el valle que nadie ha atravesado
[aún
el de aire limpio –no respirado y vuelto a respirar
como el aire común de los profanos– el valle
sobre el que se ha tendido apenas la nieve nueva...
Y sin embargo en ella brillan ya
tres gotas frescas de sangre antigua.
Perceval las ha mirado. No medita: deja
que su respiración acepte el ritmo con que avanza
su caballo el vasto silencio intacto de la nieve.
Y sigue ausente...

Así estará también cuando al fin pasen
delante de sus ojos los misterios...

2. LA PREGUNTA (EL REY TULLIDO A PERCEVAL)

¿Por qué no hablas Perceval?
Estás clavado en esa silla borracho
de tu propio vacío mirando en silencio
cómo pasa frente a ti el misterio
que ni entiendes ni quieres entender.

Eso ha sido siempre para ti la reverencia
la devoción y la ignorancia. Estás ahí otra vez
ido en sólo tus sentidos ausente
de ti de tu pensamiento y tu fortuna ciego
a eso mismo que por tanto tiempo
has tenido delante de los ojos
sin preguntar qué era
o si acaso era sagrado...

Con ese mismo azoro de tu ausencia –clavada
en tus retinas como un deslumbramiento–
violaste en su tienda a la Dama de la tienda
y con los mismos ojos pavorosos recogiste
en tu alma las tres gotas de sangre
de la extensa nieve intacta.

Pero ¿qué sabes tú de lo que ves
de lo que es o no es
la violación o el sacrificio?
Tú atraviesas los valles en silencio
sin ver sin preguntar y obedeciendo sólo
a la necesidad del día.

Eres impasible y silencioso
como impasible y silencioso es aún
el caballo que te trajo.
Y eres puro también como las bestias
libradas a sus puros sentimientos...

¡Ah Perceval si le hubieras preguntado
a la Dama en su tienda si hubieras preguntado
de veras en palabras a lo más alto
qué gritaba la sangre contra la blancura de la nieve!

* Poeta. Entre sus más recientes publicaciones se encuentran los poemarios *Sequía*, Ediciones Sin Nombre, México, 2002, y *Bosque*, FCE, México, 2002

¡Si hubieras preguntado Perceval si preguntarías...!

No te salvaría la respuesta —eso jamás— pero quizá
te salvaría preguntar.

3. EL SILENCIO

Pétreo sordimudiciego
en el salón donde desfilan los misterios
Perceval mira y no quiere...
ni ver ni darse a ver ni quiere
ninguna cosa que se dé así para los ojos.
Quisiera en cambio haber sabido ya de siempre
cuál era la respuesta a eso que no sabe preguntar
ni sabe que pregunta...

Hay algo quizás en lo que ha dejado de creer
—y lo ha sentido sólo sin saber como se siente sin
[sentir
el sordo chasquido de la lengua al comenzar a
[hablar— algo
que por no tenerlo ya sabido a la hora de nacer
le ha vuelto de piedra la lengua y los oídos...

Es una columna Perceval debajo del misterio
ausente
negándose a escuchar eso la pregunta la respues-
ta lo que sea
venido de otra alma... Quiere ser su propio padre
padre de todo lo poco que le atañe.
Cierra la boca y siente
cerrados los labios de una herida...

Pero no hay fe "donde faltan las palabras"...

¿Qué marro brutal alzó entonces en sus manos Dios
para romperle los oídos y que al fin oyera su sordera
en la voz del Rey Tullido la voz del Padre?

—Preguntas en silencio sin saber siquiera que
preguntas.

Aprende entonces a escuchar ahora en la respuesta
lo que no has sabido preguntar... Óyelo pues de

Perceval: también tú eres hijo —y aprende de una
[nuevo
[vez
de qué misterio es ésta la respuesta.